cidos al Africa, donde en su mayor parte sucumbieron á la miseria ó bajo el yugo de sus mismos correligionarios. "Los célebres "edictos de Felipe III—dice con este motivo el historiador Lafuen. "te—privaron á España, ya harto despoblada en aquel tiempo, de "una numerosa población, que era precisamente la agrícola, mer- "cantil é industrial, la productora y la más contribuyente. Con "los moriscos faltó de España la población laboriosa, inteligente "y ejercitada en las artes útiles."

Al par de la extrema miseria que pesaba entonces sobre España multiplicábanse las fundaciones de conventos para religiosos y monjas, dotados con munificencia por el tercer Felipe, y á su ejemplo, los grandes del reino dieron en la misma manía, al grado de provocar reclamaciones de las Cortes y del consejo de Castilla pidiendo que no se fundasen ya más institutos monásticos, por perjudiciales á la población, á la moral, á la repartición equitativa de los tributes, y haberse hecho centro y asilo de la holganza. Felipe III mostró más tendencias á la paz que á la guerra: en 1604 hizo las paces con Inglaterra, y en 1609 pactó con las Provincias—Unidas (Holanda) una tregua de doce años, no sin reconocer la independencia que aquel país pudo conquistar después de sangrientas y gloriosísimas lides. Sin embargo, en 1620 abandonó Felipe su sistema pacífico mezclándese en la guerra de Treinta años, con el objeto de auxiliar y engrandecer á la casa de Austria.

Felipe IV (1621—1665).—Diez y seis años contaba Felipe IV cuando sucedió á su padre en 1621. Su primer ministro y favorito Don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, inauguró el reinado de su amo con una política agresiva que precipitó la decadencia de España, no siendo tampoco acertada su conducta en cuanto á la gobernación interior. El flojo y descuidado monarca sólo atendía á los galanteos y pasatiempos que le apercibía el valido para conservarse en el poder; la privanza de Olivares duró hasta 1643, sustituyéndole en el favor real Don Luis de Haro, no más feliz que su antecesor en la dirección de la antes poderosa España.

La desatentada ambición de Olivares, sin tener en cuenta la decadencia de su país, continuó la guerra contra Holanda apenas hubo espirado la tregua de doce años pactada en 1609 con las Pro-

vincias—Unidas; suscitó nuevas luchas con Francia apropósito de la sucesión del ducado de Mantua y de la posesión de la Valtelina; prosiguió auxiliando al emperador de Alemania en la guerra de Treinta años, y fué la principal causa de la sublevación de Cataluña, que duró doce años (1640—1652), y que aumentó el desprestigio de España en el exterior y su intenso malestar en el interior. Superó á estos desastres la separación de Portugal (1640), unido á España por Felipe II desde 1580, y es fama que Olivares particicipó al rey el triunfo de la revolución portuguesa diciéndole: "Se-"ñor, traigo una buena noticia que dar á V. M; el duque de Bragan-"za ha perdido el juicio y acaba de hacerse proclamar rêy de Por-"tugal; esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones»—"Pues es menester poner remedio," contestó flemáticamente Felipe IV.

La paz de Westfalia [1648] libertó á España de la tarea que se había impuesro de auxilar al emperador alemán contra sus numerosos enemigos, pero la obligó á reconocer definitivamente la independencia de las Provincias-Unidas (Holanda). En 1647, Sicilia y Nápoles se insurreccionaron contra la dominación española, y al cabo de un año de luchas y sangrientas peripecias volvieron á la antigua obediencia. Finalmente, en 1659 España y Francia terminaron la guerra que las había dividido durante veinticinco años: la paz de los Pirineos arrancó entonces á España el Artois, el Rosellón, y partes considerables de Flandes, del Henao y del Luxemburgo, en cambio de algunas ciudades de Flandes que le fueron devueltas por los franceses.

Felipe IV murió en Septiembre de 1665, y cuéntase que antes de espirar dijo á su hijo Carlos: "¡Quiera Dios, hijo mio, que seas más venturoso que yo!» Palabras que de seguro no comprendió aquel infante de cuatro años, sucesor en el trono del monarca llamado por sus abyectos cortesanos Felipe el Grande, y cuya grandeza se comparó desde entonces con la del hoyo, que es más grande en proporción de la tierra que se le quita.

CARLOS II; TÉRMINO DE LA DINASTÍA AUSTRIACA EN ESPAÑA (1665—1700).—Si en los últimos tiempos de Felipe IV parecía que

España había llegado al postrer período de su caimiento, todavía le faltaba venir á mayor postración. La regencia de la reina madre Mariana de Austria, inspirada por el jesuita Nithard, fué una larga serie de desaciertos que no redimieron ni el primer ministro Don Juan de Austria, ni el mismo monarca cuando llegó á la mayor edad, flaco de espiritu y enfermizo de cuerpo, siempre bajo la tutela materna, ó bajo la de sus ministros y sucesivas esposas Isabel de Francia y María Ana de Neuburg. No es maravilla que á nación tan mal regida y á monarca tan menguado é incapaz se impusiera el ambicioso Luis XIV, y uno tras otro, los tratados de Aix-la-Chapelle (1668) y de Nimega (1672), arrancaron á España con provecho de Francia el Franco Condado y gran número de ciudades de los Países Bajos. La paz de Ryswick no fué tan onerosa para España, debido á la ambición misma de Luis XIV que aspirando á toda la herencia de Carlos II, procuró en esa vez fingirse generoso ante la nación española.

Cuando se acercó el fin del desmañado Carlos II menudearon en su derredor las intrigas de Francia y de Alemania, y ya en su lecho de muerte declaró por sucesor de todos sus dominios y heredero de su corona á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, con la condición de que la monarquía española se mantuviese separada de la corona de Francia. Carlos, último rey de la dinastía austriaca en España, murió el 1° de Noviembre de 1700. Precisamente con el nuevo siglo 18° iba á inaugurarse también en aquel país la dinastía de los Borbones y la sangrienta guerra llamada de sucesión.

La dominación de la casa de Austria en España duró doscientos años. El primer período, ó sea el siglo 16º, abraza los reinados de Carlos V y Felipe II y fué el de la mayor grandeza material que España alcanzó jamás; el segundo, ó sea el siglo 17º, en que reinaron Felipe III, Felipe IV y Carlos II fué el de su mayor decadencia, y es de creerse que de haber continuado la degenerada familia austriaca, España habría desaparecido de entre las naciones de Europa. El reinado de Carlos II marca el punto extremo de la mengua nacional española y la abyección de un pueblo que soportaba inerte semejante régimen corrompido y estúpido. Siquiera en la época de Felipe IV, en medio de pavorosos desastres, florecieron

y brillaron multitud de ingenios en el campo libremente cultivado de las letras y de las bellas artes; pero en tiempo de su hijo y sucesor el movimiento intelectual se redujo á producciones de los infelices imitadores de Góngora, y lo que fué peor, á obras extravagantes y descosidas como el celebérimo Ente dilucidado. La miseria, la inmoralidad y la corrupción dominaron en aquella triste sociedad, cuyos esparcimientos consistían en los autos de fé, los novenarios, las canonizaciones de santos, las festividades religiosas y las mezquinas intrigas de palacio.

Pinta mejor que nada la imbecilidad de Carlos II y el atraso de su corte, el rumor propalado dos años antes de la muerte de aquél de que estaba hechizado ó poseído del demonio; rumor que llegó á oídos del mismo monarca y que le asustó á tal grado que se sometió á una serie de ridículos exorcismos para librarse de tan peligroso huésped. En estas sandeces y puerilidades se ocupaban (1698-1699) el monarca, los inquisidores, los frailes y las mujeres de la corte, en tanto que las otras naciones de Europa reían de tanta miseria y se disputaban la próxima herencia de los dominios de Carlos II el Hechizado.

Cuadro genealógico de los reyes de la dinastía austriaca en España: Juana la Loca con Felipe I? (archiduque de Austria)—Reyes de Castilla 1504-1506.

Juana la Loca, sola, reina de Castilla—(1506-1516). Juana la Loca, reina de Castilla y Aragón—1516.

Carlos I.º, rey de España (V de Alemania) inijo de Juana la Loca y de Felipe I.º — (1517-1556).

Felipe II el Prudente [1556—1598].

Felipe III el Devoto [1598—1621].

Felipe IV el Grande (1621—1665).

Carlos II el Hechizado (1665—1700).

## PORTUGAL.

EMANCIPACIÓN DE PORTUGAL Y PRINCIPIO DE LA DINASTÍA DE BRAGANZA (1640).—Los sesenta años que habían transcurrido desde la conquista de Portugal hecha por Felipe II (1580), no fueron bastantes á extinguir en los hijos de aquel país el amor á su inde-

pendencia. Adémás, el desacertado régimen de FelipeIII y el opresivo del conde-duque de Olivares en tiempo de Felipe IV colmaron el sufrimiento de los portugueses agobiándoles bajo el peso de onerosos impuestos y arrebatándoles todas sus antiguas libertades. En tal situación, el pueblo portugués aprovechó la primera coyuntura para sacudir el yugo que lo oprimía.

Los conjurados eligieron por caudillo al duque de Braganza, descendiente de la antigua familia real portuguesa y príncipe de carácter apacible que vivía retirado en sus posesiones. Su esposa Doña Leonor de Guzmán, hermana del duque español de Medinasidonia, y su intendente Pinto Ribeyro, le dieron ánimo y lograron que aceptase la dirección del movimiento revolucionario que se preparaba. Entre tanto, el gobierno del conde-duque de Olivares, desconfiando de Braganza, acabó por nombrarle inspector de todas las plazas fuertes de Portugal, aunque con la intención de que descuidado aquel magnate, fuese fácilmente aprehendido por los agentes del gobierno español. Frustrado el golpe, gracias á las precauciones de que se rodeó Braganza, la esposa de éste que era una mujer enérgica y animosa, Pinto Ribeyro, el arzobispo Acuña y los principales conjurados apresuraron el movimiento revolucionario.

En efecto, el 1º de diciembre de 1640 estalló la conspiración en Lisboa á los gritos de ¡Libertad! y ¡viva Don Juan IV de Portugal! (Braganza); el palacio real cayó en poder de los conjurados que dieron muerte al odiado Vasconcellos, quien aunque portugués, era secretario de Estado y agente fiel del conde-duque de Olivares; la vireina Margarita de Saboya y su consejero el arzobispo de Braga fueron reducidos á prisión y la ciudadela se entregó sin resistencia. En menos de tres horas la conspiración quedó triunfante en Lisboa y el reino secundó rápidamente el movimiento de la capital. El duque de Braganza, proclamado rey con el nombre de Juan IV, fué el fundador de la dinastía que hasta hoy domina en aquella nación.

El gobierno español emprendió una larga lucha para reconquistar á Portugal, pero la suerte de las armas le fué adversa, y bajo el reinado de Carlos II se ajustó la paz (1668) y fué reconocida la independencia de los portugueses, quienes recobraron también, aunque muy mermadas, sus colonias en Asia, Africa y América.

La Monarquía Portuguesa desde 1640 hasta 1706.—Don Juan IV, fué reconocido como rey de Portugal por todas las potencias europeas con excepción del imperio de Alemania y de la cor-

te pontificia que obraban á impulsos de la política española. Deshizo varias conspiraciones tramadas en su daño por el gobierno de Madrid y murió en 1656. Su hijo y sucesor Alfonso VI fué depuesto del trono en 1667, viviendo desde entonces hasta 1683 en el castillo de Cintra. Don Pedro, hermano de éste, gobernó con calidad de regente desde 1667 hasta 1683—fecha de la muerte de Alfonso VI, y en ese año subió al trono con el nombre de Pedro II (1683.1706).

## INGLATERRA.

Principio de la dinastía de los Estuardos; Jacobo I.º (1603—1625).—Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, fué designado por Isabel para sucederle en el trono de Inglaterra (1603) y desde entonces se llamó Jacobo I°. El jefe de la familia Estuardo, aficionado á las controversias teológicas, lo fué más si cabe á la omnipotencia del poder real, y uno de sus primeros actos fué obligar á los sacerdotes católicos á que saliesen de Inglaterra dentro de brevisimo plazo. Esto dió motivo á la célebre conjuración de la pólvora [1605] que se frustró por la revelación de uno de los conspiradores, y que tenía por objeto hacer volar el edificio del parlamento el día en que el rey se presentase ante las cámaras. Jacobo I.º, entregado á sus favoritos Carr y Buckingham, derrochador, irresoluto, despótico, dejó á su hijo y sucesor Carlos I.º, juntamente con el trono, poderosos gérmenes de trastornos.

Carlos I°; [1625-1649]; Principio de la revolución inglesa [1640].—El hijo de Jacobo I.º no poseía la ciencia teológica de éste ni sus groseras inclinaciones; era serio, animoso, inclinado á las artes y á las ciencias é inteligente en los negocios públicos, pero era también poco fiel á la palabra empeñada y aficionado á las intrigas políticas. El locuaz, disoluto y derrochador duque de Buckingham, favorito de Jacobo, continuó siéndolo de Carlos 1.º y durante su permanencia en Francia (1625) con calidad de embajador había provocado el enojo de Luis XIII y del ministro Richelieu por sus galanteos á la misma reina Ana de Austria.

Empeñóse el privado en hacer la guerra á España, pero el parlamento votó un pequeño subsidio y censuró acremente la conducta de Buckingham; el rey disolvió el parlamento y se comprometió en una guerra desgraciada con España y en otra no más felíz con Francia, auxiliando á los hugonotes de la Rochela. En 1626 fué convocado otro parlamento que se mostró más enérgico aun que su predecesor, por cuyo motivo fué disuelto también. Buckingham, entretanto, fué derrotado por los franceses en la isla de Rhé, cercana á la Rochela, y el clamor de indignación que este desastre produjo en Inglaterra, obligó al rey á convocar un nuevo parlamento.

Por tercera vez desde el advenimiento de Carlos I.º se reunieron los Comunes y los Lores (Marzo de 1628), dispuestos á conceder cuantiosos subsidios, pero con la condición previa de que se diese satisfacción á las quejas del país. Cedió el monarca en algunos puntos, pero en otros se mantuvo inflexible, y el tercer parlamento fué disuelto en Marzo de 1629. En el curso del año anterior (1628) Buckingham fué muerto en Portsmouth por un oficial llamado Felton.

Once años gobernó Carlos sin convocar otra vez al parlamento, pero la reacción producida por el cambio de sistema político se hizo sentir desde luego. Vióse el monarca obligado á hacer las paces con Francia y España [1629-1630), y á fin de proveerse de recursos inventó una serie de exacciones é impuestos entre los que se distinguió por odioso el llamado dinero para buques; y dos altos tribunales, el de la Cámara estrellada y el de la Comisión suprema, fallaban inexorables en contra de los que se negaban al pago de aquellas contribuciones. Al lado de este absolutismo en el orden politico, Carlos, secundado por Guillermo Laud, arzobispo de Cantorbery, trató de ejercer una autoridad suprema en el orden religioso, lo que suscitó profundo disgusto y una rebelión armada en Escocia, reino hereditario de los Estuardos. Alli todas las clases firmaron el Covenant o liga del pueblo (1638), y como no diesen resultado las negociaciones entabladas, los escoceses erigieron un gobierno provisional en Edimburgo y apostaron un cuerpo de ejército en las fronteras de Inglaterra. Carios convocó entonces al parlamento que se abrió en Abril de 1640, pero convencido de que ne obtendria dinero sino bajo duras condiciones lo disolvió al cabo de cinco semanas, por cuya razón se designa esta asamblea con el nombre del corto parlamento. La actitud amenazadora de los escoceses, cuyo ejército ocupó los condados del Norte de Inglaterra, la falta absoluta de recursos y el imponente clamoreo de la opinión forzaron á Carlos I.º á convocar otro parlamento, que se abrió el 3 de Noviembre de 1640.

Con esta asamblea que se llamó el largo parlamento y que estaba destinada á sobrevivir al rey, comenzó la encendida lucha que había de afirmar las grandes instituciones de Inglaterra. En el espacio de diez meses el parlamento dió forma nueva á la constitución inglesa, anulando una tras otra las prerogativas de la monarquía, convirtiéndose él mismo en primer poder del Estado, asegurándose la facultad de fijar su duración, y haciendo expiar los actos de arbitrariedad que se habían cometido con la sentencia y muerte de Tomás Wentworth, conde de Strafford y regente de Irlanda, acusado de alta traición y á quien el rey abandonó vilmente, creyendo así desarmar á sus enemigos (Mayo de 1641). En seguida, el parlamento abolió el episcopado, y el rey se dirigió á los condados del Norte con el proyecto de formar un ejército y dominar por medio de la fuerza, en tanto que su esposa María Enriqueta—hija de Eurique IV de Francia—marchó al continente para allegar elementos de toda clase que pudiese aprovechar su marido (1642).

La guerra civil se desató con furor y los dos ejércitos—el del rey y el del parlamento—empeñaron rudas batallas, en las que la fortuna estuvo casi siempre del lado del segundo. Obligado Carlos I.º á refagiarse en Escocia fué entregado á sus enemigos mediante la suma de 400,000 libras esterlinas (1647).

Después de una larga cautividad en Carisbrook [isla de Wight] y en Londres, Carlos fué sentenciado á muerte por un tribunal de 70 miembros y ejecutado en la plaza de Whitehall (Enero de 1649).

La revolución de Inglaterra fué la resultante de necesidades políticas y religiosas no satisfechas: limitación de los derechos de la monarquía, revisión parlamentaria de los gastos públicos, participación del parlamento en la formación de las leyes, garantías de la libertad personal, establecimiento de una administración de justicia independiente, fueron los más importantes principios que invocó la revolución en el orden político; en el religioso, combatió la supremacía

que el jefe del Estado había asumido como cabeza de la iglesia nacional, y en esta doble aspiración se confundieron los esfuerzos de todos los partidos de oposición, produciendo la tentativa más violenta que ha hecho Inglaterra para romper con su pasado.

En la lucha que comenzó desde 1628 y que produjo al fin la caída y muerte del segundo de los Estuardos, distinguiéronse los siguientes partidos; el de la reforma legal, que pedía la corrección de muchos abusos, pero sin pretender el menoscabo de la autoridad real ni la reforma religiosa que anhelaban alcanzar los puritanos, y contaba entre sus caudillos más nobles á Falkland, Hyde, Colepepper y Waller; estos y muchos de sus correligionarios se unieron luego al monarca y sucumbieron con la causa de éste. El de la revolución política, que quería concentrar en el Parlamento, y sobre todo en la cámara de los Comunes, la alta dirección de los asuntos políticos y religiosos, tanto en el interior como en el exterior, y que proclamaba ya, aunque algo confusamente, la soberanía popular, siendo sus jefes principales Pym, Hampden, Hasselrig, Vane y Hollis. El de los independientes, que rechazaba la intolerancia religiosa de los presbiterianos y que contaba entre sus filas al mismo Vane, Milton, Olivier Saint John y Bradshaw, y á los principales jefes del ejército que luchó contra Carlos Iº, como Fairfax, Cromwell, Ireton y Lambert. De este partido y del ejército se formó luego el partido republicano que apresuró el juicio y sentencia de Carlos I°. En materia religiosa, los partidos políticos extremos que acabamos de enumerar pertenecían, con más ó menos adhesión, á la gran secta puritana.

PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA INGLESA (1649).—El partido vencedor (independientes) expulsó de la cámara de los Comunes á todos los presbiterianos que en ella se sentaban, y bajo su influencia aquella asamblea declaró " que siendo el poder monárquico "innecesario, oneroso y peligroso para la libertad del pueblo inglés, quedaba suprimido» [7 de Febrero de 1649], y pocos días después se decretó que el tesoro de la corona, los castillos y demás posesiones de la familia real fueran bienes de la nación. El poder ejecutivo quedó á cargo de un consejo de Estado, y el nuevo gobierno desplegó grande energía para contrastar la reacción monárquica y combatir á los enemigos de Inglaterra. Cromwell reprimió la insurrección de Irlanda y destrozó en Dunbar y Worcester al ejército que había logrado levantar Carlos II—hijo y sucesor de Carlos Iº—quien después de tan rudos desastres volvió á

refugiarse en el continente. En el mar alcanzó Blake grandes victorias contra la marina de Holanda, cuya nación hizo la guerra á los ingleses con motivo del acta de navegación decretada por el Parlamento, y en la cual se disponía que los productos de las colonias no podían ser llevados á Inglaterra si no en barcos cuyos propietarios perteneciesen á la madre patria ó á sus colonias, y que las mercancías procedentes de Europa sólo podrían ser importadas en buques ingleses, ó en buques de la nación productora de dichas mercancias. Entre tanto, surgieron hondas divisiones entre el ejército y el Parlamento y éste fué disuelto por Cromwell el 20 de Abril de 1653.

Protectorado de Cromwell (1653—1658).—Sin ningun titulo preciso, Cromwell ejerció las funciones de supremo gobernante desde la disolución del mutilado parlamento (el largo) hasta Diciembre de 1653 en que el ejército lo proclamó Lord Protector de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Los sucesivos parlamentos aumentaron las ya extensas facultades del Protector vitalicio y le concedieron el derecho de nombrar su sucesor.

El hombre que había logrado elevarse á tanta altura y que hizo retroceder la revolución inglesa hasta el antiguo orden de cosas, nació en 1599 de una familia acomodada, originaria del país de Gales; criado con severidad puritana, permaneció un año en Cambridge signiendo los cursos de aquella universidad, y algunos más vivió en Londres dedicado al estudio del derecho. Joven aun, se retiró á su ciudad natal de Huntingdon, y luego á Saint-Ives y á Ely donde habia comprado algunas tierras. Fué miembro del tercer parlamento de Carlos Iº (1628) y se hizo uotable en los debates por sus tendencias puritanas; fué uno de los jefes de la oposición en el parlamento corto, y en el largo acrecentó su importancia hasta descollar en primera línea. Cuando estalló la guerra civil fué nombrado capitán, y luego coronel de caballería; no tardó en distinguirse por su bravura y pericia, y en calidad de segnndo del general Fairfax alcanzó brillantes victorias; finalmente, como generalísimo de las tropas del parlamento reprimió la sublevación de Irlanda y destrozó al pretendiente Carlos II en Dunbar y Worcester. Era vigoroso, ancho de hombros, con facciones muy marcadas y sus ojos sombríos miraban debajo de unas cejas muy pobladas. Un miembro del parlamento lo pintaba así: "Vestido muy vulgar, pues usaba trajes de paño de in-"ferior calidad y que parecían hechos por un sastre de pueblo... su ropa blan"cara era de color rojo y su voz dura y de áspero timbre, pero sus discursos es"taban llenos de fuego." Sus sentimientos religiosos, verdaderos ó fingidos, eran
afines al misticismo y le hacían considerarse como instrumento de Dios, sin desviarle de la vida práctica ni mucho meuos de sus proyectos de vasta ambición
personal.

Cromwell hizo uso de sus amplias facultades reformando gran parte de la administración inglesa y corrigiendo innumerables abusos; en los negocios de la política exterior celebró una ventajosa paz con Holanda sin sacrificar el acta de navegación; estableció relaciones amistosas con Suecia; Dinamarca y Suiza; se alió con Francia para combatir á España, y esta última potencia perdió desde entonces la isla de Jamaica, y vió á sus naves cargadas con el oro y la plata de América caer frecuentemente en poder de los ingleses. La marina británica al mando de Blake y de Penn alcanzó espléndidas victorias en el Atlántico y el Mediterráneo, y afirmó en los mares su predominio, desde entonces muy pocas veces disputado; por último, Inglaterra ganó la plaza de Dunkerque en el continente, arrebatada á los españoles.

Los más adictos partidarios del Protector le ofrecieron la corona, la cual rehusó después de muchas vacilaciones, quizás porque el poder que ejercía era más vasto que el de monarca. Cromwell murió en Septiembre de 1658, después de declarar por sucesor á su hijo Ricardo. Llevóse su cadáver con fúnebre pompa á la abadia de Westminster, panteón de los reyes de Inglaterra.

Anarquía; restauración de los Estuardos (1658-1660).—El nuevo Protector carecía de la ambición hipócrita y de la energía de su padre, siendo también completamente extraño á los ideales del puritamismo; ante la irritada actitud de los partidos y de las desmedidas pretensiones del ejército hubo de retirarse á la vida privada, mediante el pago de sus deudas y una considerable suma de dinero (Mayo de 1659).

Los jefes superiores del ejército habían llamado á los miembros de aquel largo parlamento disuelto por Oliverio Cromwell en 1653, y los invistieron de la autoridad suprema, pero no tardaron en disolver ellos mismos el poder que habían erigido alzando en su lugar á Fleetwood y á Lambert, quienes recibieron el grado de teniente general y mayor general del ejército inglés, respectivamente. Sin embargo, el general Monk, jefe de las tropa escocesas, desconoció al gobierno militar, y entrando en Inglaterra ocupó la capital y dispuso que se eligiera un nuevo parlamento, el cual, formado de monarquistas y de acuerdo con Monk, invitó á Carlos II á que se sentase en el trono de sus mayores. El tercero de los Estuardos entró en Londres el 29 de Mayo de 1660.

Con la restauración de los Estuardos parecía terminada la revolución inglesa, y sin embargo, quedaba puesto en Inglaterra un límite á las tendencias de la monarquía absoluta, precisamente cuando ésta se consolidaba en casi todas las naciones del continente europeo. La revolución habia creado elementos de resistencia; reconocióse el dominio del parlamento, aseguróse la representación de las clases sociales, y aunque la monarquía restaurada deshizo la constitución de la Iglesia creada por los puritanos, muchos de sus principios quedaron como fuerzas permanentes y elementos indestructibles del carácter del pueblo.

CARLOS II [I660-1685].—El advenimiento del tercer Estuardo fué acogido con entusiasmo por la mayoría de los ingleses, pero pronto se vió que aquel rey disoluto é indolente no alentaba más ideal que el de restaurar el antiguo régimen absoluto sobre las ruinas del parlamentarismo.

Protegió desde luego à los católicos, y en punto à relaciones exteriores se aseguró de la amistad de Francia sacrificando à Luis XIV el honor y la influencia de su patria, concurriendo servilmente à las ambiciosas combinaciones de aquel déspota à quien vendió Dunkerque, valiosa conquista del protectorado de Cromwell. Fiel à esa alianza declaró la guerra à Holanda, y sólo obtuve que la flota del almirante Ruyter quemase parte de la escuadra británica y amenazase à la misma ciudad de Londres, por lo que se apresuró à firmar el desventajoso tratado de Breda.

Este acto humillante, un espantoso incendio que consumió una gran parte de la capital y del que se acusó á los católicos, y las tendencias absolutistas del canciller Clarendon, suscitaron una ruda oposición en el parlamento; retiróse el ministro del con-